



LA CULTA CIUDAD DE REUS

PERSPECTIVAS

Tarragona obliga a referirse al pasado. Es ciudad para arqueólogos y poetas. Reus, casi inmediata a Tarragona, coloca al viajero en la plenitud del presente y le descubre las perspectivas de lo por venir.

El cronista llega a Reus cuando anochece. No tiene tiempo para visitar las fábricas, ni le es posible recibir una impresión detallada de la ciudad. Cruza, partiendo de la estación, varias calles espaciosas y perfectamente pavimentadas, hasta encontrarse en la gran plaza de Prim... Prim, Fortuny, Sol y Ortega... En torno a estos nombres de tres hijos de Reus podría tejer su artículo el cronista. Quizá bastase con el primero, revestido por las circunstancias políticas de España de una que llamaríamos actualidad filosófico-histórica. Pero esto sería totalmente arbitrario. Reus no convida a evocar, a exhumar, sino a ver los hombres y las cosas del momento. Es una ciudad vigorosa y emprendedora.

Lo que desde el primer instante sorprende al viajero es su actividad ordenada de colmena. Calles rectas y anchas, donde no se ha regateado la iluminación... Comercios dignos de Barcelona y de Madrid... Una muchedumbre rápida, que no parece ir de paseo, sino de compras o a importantes negocios... No cree el viajero encontrarse en una ciudad de treinta y cinco mil almas, sino en el barrio mercantil de una gran metrópoli. No se ven personas harapientas ni aun *pobrementemente* trajeadas. Ni lujo ni miseria. Lo que se respira es bienestar: un bienestar que viene de antiguo. Reus es

un pueblo laborioso, de riqueza sólidamente constituida, y puede resistir «sin que se le note» pasajeras crisis de disminución industrial.

No sé—carezco de informaciones directas—hasta qué punto aflige a Reus, en sus hilados y tejidos, esa disminución del impulso comercial de Europa que emana de su desorden financiero. También ignoro si sufre, como otras ciudades de Cataluña, cierto desmayo o desanimación en sus negocios. No es posible en unas tres o cuatro horas de tránsito darse cuenta de la realidad económica de una ciudad fabril. Cuanto veo en la calle autorizaría una opinión optimista, pero una opinión *ad referendum*. Vale más referirse a realidades que he podido contemplar y penetrar en Reus y que permiten sin ningún género de reservas el optimismo y la congratulación.

*
**

Se trata del «Casal de Reus» o—más exactamente—del CENTRO DE LECTURA de Reus. No es uno de esos círculos o casinos de provincias en que la sala de juegos es más grande y se ve más concurrida que la biblioteca, y donde, so color de patriotismo y ansias de cultura, se superponen unas clases nocturnas que no suelen tomarse en serio ni producir resultados de algún interés.

El CENTRO DE LECTURA de Reus es, de un modo exclusivo y característico, un centro educacional. Su biblioteca, grande, cómoda—no menor, como espacio, y mejor

dispuesta que la del Ateneo de Madrid—, contiene 17.000 volúmenes y puede recibir otros tantos. Su salón de veladas y conferencias es, en realidad, un teatro: no un teatrillo; un teatro que puede contener más público que el del Rey Alfonso. Algunas compañías de Madrid dan en el mismo representaciones públicas. Las aulas del CENTRO DE LECTURA son amplísimas, están bien iluminadas y caldeadas. El Museo de Historia Natural, en vías de formación, es ya considerable y sólo posee—lo que constituirá algún día su más grande interés—ejemplares de la fauna, los minerales y los fósiles del país. Las clases de dibujo y modelado industriales, de corte, de fotografía, de grabado, de cocina, de construcción, de ebanistería, etc., poseen cuanto es preciso para que la enseñanza rinda los resultados apetecibles. Las clases de idiomas y de ciencias y letras tienen asignadas cada una un local. El gimnasio está precedido de una instalación hidrotérmica. Y para remate de esta obra magnífica, allá en lo sumo del edificio, en un ángulo de la hermosa azotea, se ha colocado una estación de telegrafía sin hilos, donde el cronista escuchó parte de un concierto que se ejecutaba en Londres.

*
**

El lector, asombrado, preguntará: «¿Cómo puede poseer Reus este centro de cultura? Cuanto ha enumerado el cronista exige un edificio nuevo y de proporciones monumentales. ¿Cómo ha llegado a hacerse? ¿Qué subvenciones del Estado, la Provincia o el Municipio han permitido a los reusenses la posesión de obra tan útil y admirable?»

Lector: el cronista desconoce los orígenes remotos de este CENTRO DE LECTURA, que fué fundado con propósitos exclusivamente docentes, apolíticos, y sigue desenvolviéndolos, cada día con mayor eficacia.

Sabe, en efecto, que el Estado y el Municipio con parvas subvenciones, los socios con sus mínimas cuotas mensuales—creo que dos pesetas—, y los alumnos con sus matrículas—cinco pesetas por curso hasta el año actual, en que han sido rebajadas a una—, contribuyen al sostenimiento del Casal, donde, lo repito, no se baila, ni se juega, ni hay más alicientes que los de instruirse o distraerse con espectáculos de la mejor intención artística. Pero sabe también que todo esto no habría sido suficiente para dotar al CENTRO DE LECTURA de un verdadero palacio. Don Evaristo Fábregas, ilustre hijo de Reus, gran filántropo y gran patriota, lo ha regalado. Y ahí tienen ustedes la explicación.

*
**

El presidente del CENTRO, con amabilidad exquisita, me hizo los honores del Casal y me pidió que pusiera unas líneas en el álbum de autógrafos. Honradísimo, escribí las siguientes:

«Desearía en cada ciudad y villa de España un centro de cultura semejante al de Reus.»

Nada más. ¿Para qué? El mayor y más justo elogio que puede hacerse de la institución educacional de Reus es presentarla como un modelo de lo que pueden conseguir unos hombres deseosos de *européizarse* (en el sentido que daba Costa a este verbo de su invención), siempre que la riqueza privada no se niegue a apoyarlos. Creo que con su sólo esfuerzo el Casal de Reus habría podido sostenerse; pero don Evaristo Fábregas, su Mecenas, es quien le ha proporcionado los medios de su desarrollo asombroso y de su robustez actual. El CENTRO DE LECTURA tiene la solidez, la amplitud y los fervores de un templo. Un templo donde se practica la religión del trabajo y el culto de la patria y lo por venir.

ALBERTO INSUA

(De *La Voz*, de Madrid.)